



UNA MIRADA

Fotografía: Cristián Ayala

LA GESTIÓN CULTURAL EN CHILE, A PASOS DE SU «SEGUNDA GENERACIÓN»

La gestión cultural –como disciplina sistemática y profesional– es relativamente nueva, surgiendo durante la segunda mitad del siglo XX en Europa y EEUU. En Chile no tiene más de 35 años, incorporándose como ejercicio empírico primero, a partir de la década de 1980, y como materia de estudio y formación después –a nivel universitario–, durante la década de 1990.

Gabriel Matthey

“No obstante, en una primera etapa, en Chile esta profesión se confundió y redujo a la simple “gestión de eventos” o, más precisamente, a la producción de ellos, limitación que se mantuvo hasta hace poco tiempo atrás”

En un principio –tal cual ocurre con cualquier actividad naciente–, la gestión cultural se desarrolló apoyándose en otras disciplinas, como las artes, la administración y la economía y avanzó, poco a poco, en base a ideas, experiencias, ensayos y errores. Gracias a ello fue evolucionado en su enfoque, lenguaje, herramientas, metodologías y contenidos. No obstante, en una primera etapa, en Chile esta profesión se confundió y redujo a la simple “gestión de eventos” o, más precisamente, a la producción de ellos, limitación que se mantuvo hasta hace poco tiempo atrás. En muchos casos, incluso, esta distorsión redundó en el simple “eventismo”¹, contradiciendo la esencia misma de la cultura y, por cierto, de la vida cultural, cuyo desarrollo se realiza principalmente en base a procesos.

Asimismo, se confundió a las artes con la cultura, considerándolas sinónimos, situación que causó bastante desorientación entre los especialistas y el público en general. Hoy, preocupantemente, continúan ocurriendo confusiones, por ejemplo, cuando se habla de “consumo cultural”, siendo que la cultura jamás se consume. En efecto, ella opera en base a flujos de experiencias², de ideas y pensamientos, de símbolos y percepciones que se intercambian, incorporan, procesan, crean y recrean, autoproduciéndose o regenerándose constantemente, a partir de la vida cotidiana. La cultura –que funciona como una red o redes de flujos humanizantes³–, se memoriza, valoriza y “capitaliza” a través del patrimonio material e inmaterial y muta –para actualizarse– a través de la interpretación, crítica y creatividad, pero jamás se consume. Por ello no corresponde entenderla como un “bien de consumo”, sino como un «bien de incorporación» o de circulación. También como un poderoso «bien social», un complejo sistema patrimonial, referente y memoria activa de todos, fuente simbólica de autodeterminación, libertad e identidad.

Otro reduccionismo que causa bastante daño, es cuando se habla de la “tercera edad”, referida a aquellas personas mayores de 65 años. No obstante, ¿cuáles son entonces la primera y segunda edad, si como seres humanos en forma natural podemos acceder a cuatro edades claramente identificables? Desafortunadamente, durante años hemos vivido omitiendo a una de ellas, pues nuestras edades al menos son: (1) la infancia, (2) la juventud, (3) la adultez y (4) la adultez mayor, siendo cada una importante, con su propio mundo, códigos y vida cultural. Así también existe otra tendencia que actualmente nos causa confusiones, el “entretenimiento”, el cual se considera de igual a igual con la cultura. Es cierto que los juegos y la recreación son parte habitual de la vida cultural, pero sus alcances comprenden sólo a un sector de la cultura y, por lo tanto, tampoco corresponde tratarlos como sinónimos. La cultura opera integralmente e incluye al quehacer humano en general y no solamente a una fracción de lo que somos o podemos llegar a ser como personas.

En buena hora, sin embargo, poco a poco se han ido aclarando los conceptos y hoy ya estamos entrando en una «segunda generación» de la disciplina, en tanto se reconoce y

1

El “eventismo” tiene una connotación peyorativa de la palabra “eventos”, en tanto éstos son eventuales y, como tales, se les lleva el viento sin dejar «huellas culturales». Sólo se trata de actividades aisladas que pueden causar un gran impacto en el momento, sin embargo, no constituyen un verdadero aporte al desarrollo cultural. Por cierto que en la vida social ellos son necesarios, pero la “gestión de eventos” no hay que confundirla con la “gestión cultural”, ni menos considerarla como sustituto de ella, pues responde a necesidades inmediatas y no a necesidades y/o demandas permanentes, propias de la vida cultural.

2

Ver “Experiencias artísticas, resonancias biográficas / Evaluación de impacto de Balmaceda Arte Joven (1992-2012), Fondart 2011, donde sus autores, los sociólogos Luis Campos M. y Tomás Peters N., usan este concepto.

3

Aquí la idea de “humanizante” debe entenderse en su sentido amplio y realista, tal cual somos los seres humanos, con aciertos, ensayos y errores, certezas e incertidumbres, conflictos, soluciones y contradicciones.

considera un concepto más profundo y amplio de «cultura», en su sentido antropológico⁴. Según esto, las artes continúan siendo una de las principales manifestaciones culturales, pero junto a otras que igualmente constituyen la vida cultural, como el lenguaje, las ideas y pensamientos, las costumbres, el sistema de valores y creencias (incluidas las religiones); las expresiones étnicas y populares (rurales y urbanas), junto a las tradiciones, arquitectura, trabajo, comida y tanto más, todo lo cual, en definitiva, se puede sintetizar en «el modo de estar, hacer, tener y ser de los pueblos»⁵.

4

Una muy buena señal se observa en el documento “Política Cultural 2011-2016”, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, CNCA, que en sus primeras páginas cita la definición de «cultura» de la UNESCO (1982), que asume el concepto en un sentido más amplio, antropológico.

5

Ver “Modelo de Gestión Cultural para Unidades Territoriales de Chile”, de Gabriel Matthey Correa, Colección Teoría – 25, Depto. de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, U. de Chile, Santiago, 2010, pp. 23-28.

Consecuentemente, en Chile la gestión cultural ha adquirido un alcance bastante más amplio y profundo, con bases efectivamente antropológicas y sociológicas, que permiten entenderla y asumirla como una «gestión de procesos». Esto implica que cada parte que se gestiona debe articularse sistémicamente con las demás, dentro del todo orgánico y continuo que es el universo cultural. A nivel físico-presencial, en nuestro país existen distintos tipos de territorios posibles de ser gestio-

nados, dependiendo de la escala, como son el ámbito barrial, comunal, provincial, regional y nacional. A nivel internacional las alternativas son enormes y muy diversas, partiendo con los países vecinos hasta ámbitos regionales, continentales y globales, según realidades presenciales, virtuales o combinadas.

En términos técnicos, entonces, hoy la gestión cultural se puede entender como el conjunto de operaciones necesarias para poner en marcha y/o en desarrollo y valor un determinado «proceso cultural», al servicio de un territorio humano específico y delimitado –sea físico, corporativo, virtual y/o simbólico–, en base a un plan de acción con objetivos y metas de corto, mediano y largo plazo (enfoque tridimensional), articulados y coherentes entre sí, compatibles con las necesidades, intereses y motivaciones reales (auténticas) de las personas involucradas. Su principal propósito es contribuir al «desarrollo humano», a la identidad, sentido de pertenencia, autoestima y compromiso de las comunidades o pueblos con su propia dinámica cultural. Es decir, se trata de

“estamos entrando en una «segunda generación» de la disciplina, en tanto se reconoce y considera un concepto más profundo y amplio de «cultura», en su sentido antropológico”



Fotografía: Cristián Ayala

colaborar con aquellos procesos que sintonicen con la matriz cultural y ethos –origen y destino– del imaginario colectivo, de tal manera de enriquecer la vida individual y social –los fundamentos existenciales para un mejor vivir–, lo cual otorga sentido y trascendencia; valor, capital simbólico y proyección al territorio donde se vive (y/o trabaja).

En sintonía con lo anterior, que marca la «segunda generación» de la gestión cultural, hoy hablamos de una disciplina que ha ampliado enormemente sus alternativas laborales, no sólo en aplicaciones y acciones concretas, sino también en su ámbito de estudios, investigación y desarrollo. Por de pronto, involucra a las políticas públicas y culturales, rayado de cancha de lo que se puede, debe y quiere hacer –según las voluntades políticas y económicas de cada lugar–, definiendo las prioridades, campos de acción, límites y motivaciones, junto a los recursos disponibles. En esto, inevitablemente, entran los paradigmas e ideologías, la ética y el necesario debate público –democratizante y regulador–, pues se ponen en juego diversos intereses y visiones de mundo, haciendo de la gestión cultural una disciplina compleja y apasionante que, por su naturaleza reflexiva y activa, necesariamente tiene que desarrollarse entre «el pensar y el hacer», buscando cubrir a cabalidad las potencialidades del ser humano. En respuesta a ello, la gestión cultural es de por sí transdisciplinaria, integradora de experiencias, visiones y conocimientos, que requiere nutrirse tanto de la antropología, la sociología y la política, como de la geografía (urbana y rural), historia, artes y filosofía, usando además las necesarias herramien-

tas de la administración, economía y leyes. Por lo mismo, se trata de una disciplina contemporánea, provista de recursos tecnológicos y comunicacionales, que le permiten posicionarse y desenvolverse entre la escala local –lo particular y diferenciador– y la escala planetaria –lo global y generalizador–, dialéctica bidimensional propia del siglo XXI.

Frente a lo planteado, afortunadamente en Chile los escenarios y oportunidades para ejercer la disciplina han evolucionado. Por ejemplo, como política de Estado desde el 2007 el CNCA viene construyendo centros culturales en comunas con más de 50.000 habitantes, lo cual significa un gran incentivo para el desarrollo de las culturas locales e invita a diseñar modelos de gestión pertinentes, según la realidad e identidad propias de cada territorio. Paralelamente, el patrimonio cultural –tanto material como inmaterial– cada día adquiere mayor relevancia, significando otro desafío y vertiente de desarrollo para la disciplina. Lo mismo ocurre con los espacios artísticos, como las galerías de artes, salas de conciertos, teatros y cines, junto con los museos que se han ido repensando como centros de atracción y circulación –interactivos y dinamizantes–, ampliando y diversificando la participación de los públicos y, con ello, exigiendo una gestión cultural creativa y oportuna, en constante revisión e innovación. Concordantemente, siempre con un enfoque sistémico, los espacios urbanos han potenciado las industrias creativas –del libro, la música y el cine, entre otras–, cuyas cadenas de valor se intentan articular cada vez mejor, para generar «barrios creativos» o, incluso, «ciudades creativas».

“Necesitamos profesionales que ejerzan responsable y pertinentemente el oficio que, como contrapeso al fenómeno de la globalización y amenaza de uniformación, cada día se hace más imprescindible para nuestro desarrollo a escala humana, local y comunitaria.”

Lo propio ocurre en el mundo rural, principalmente a través de las fiestas costumbristas, los centros artesanales, las rutas culturales (étnicas, arqueológicas, ecológicas, vitivinícolas...) y los museos de sitio.

En general, nuestro país ha cambiado mucho en las últimas décadas, lo cual constituye un gran desafío para la gestión cultural. La apertura de nuestras fronteras físicas y mentales es una de las principales causas. Las nuevas tecnologías y medios de comunicación, la globalización y glocalización⁶, el intercambio internacional y las crecientes migraciones plantean grandes preguntas para el futuro, con flujos y reflujos humanos que obligan a repensar y ampliar nuestra disciplina, considerando nuevas alternativas, que van desde el comercio y turismo cultural hasta la gestión multicultural y desarrollo de una cultura medioambiental. Y en esto también se han incorporado las empresas, asumiendo un rol más activo y comprometido con el ámbito social, a través de la Responsabilidad Social Empresarial (RSE) que, sin duda, abre un mundo de posibilidades para la gestión cultural. Esto a su vez constituye un llamado especial para los medios de comunicación que, por su alto nivel de presencia e influencia, debieran asumir su Responsabilidad Social Comunicacional (RSC). Asimismo para las universidades, llamadas a ejercer un rol más proactivo y creativo –como lo hicieron antaño–, a través de una Responsabilidad Social Universitaria (RSU). Lo propio corresponde a la educación, en todos sus niveles, siendo fundamental su vinculación con la cultura –el contexto cotidiano donde se

vive–, lo cual abre enormes oportunidades para el ejercicio de la «gestión cultural escolar».

A nivel político, los desafíos son igualmente importantes, siendo prioritario la descentralización y reconocimiento del país en su dimensión diversa, cuál es su condición multicultural, atendiendo con igual compromiso e interés tanto a las culturas etnochilenas, como a las antiguas colonias y nuevas migraciones, unidas a la gran mayoría mestiza que habita nuestros suelos. Por cierto que las posibilidades crecerán si se logra crear un Ministerio de la Cultura, pero sólo en la medida que sea capaz de perfeccionar y articular mejor la actual institucionalidad cultural del país –sin perder la diversidad y todo lo avanzado–, junto con aumentar recursos e incrementar el nivel de participación ciudadana y rural. Así y todo en Chile aún falta profesionalizar la gestión cultural. Si bien ya existen diferentes instituciones que la imparten, falta que se la reconozca, instale y valide como legítima profesión. Necesitamos profesionales que ejerzan responsable y pertinentemente el oficio que, como contrapeso al fenómeno de la globalización y amenaza de uniformación, cada día se hace más imprescindible para nuestro desarrollo a escala humana, local y comunitaria.

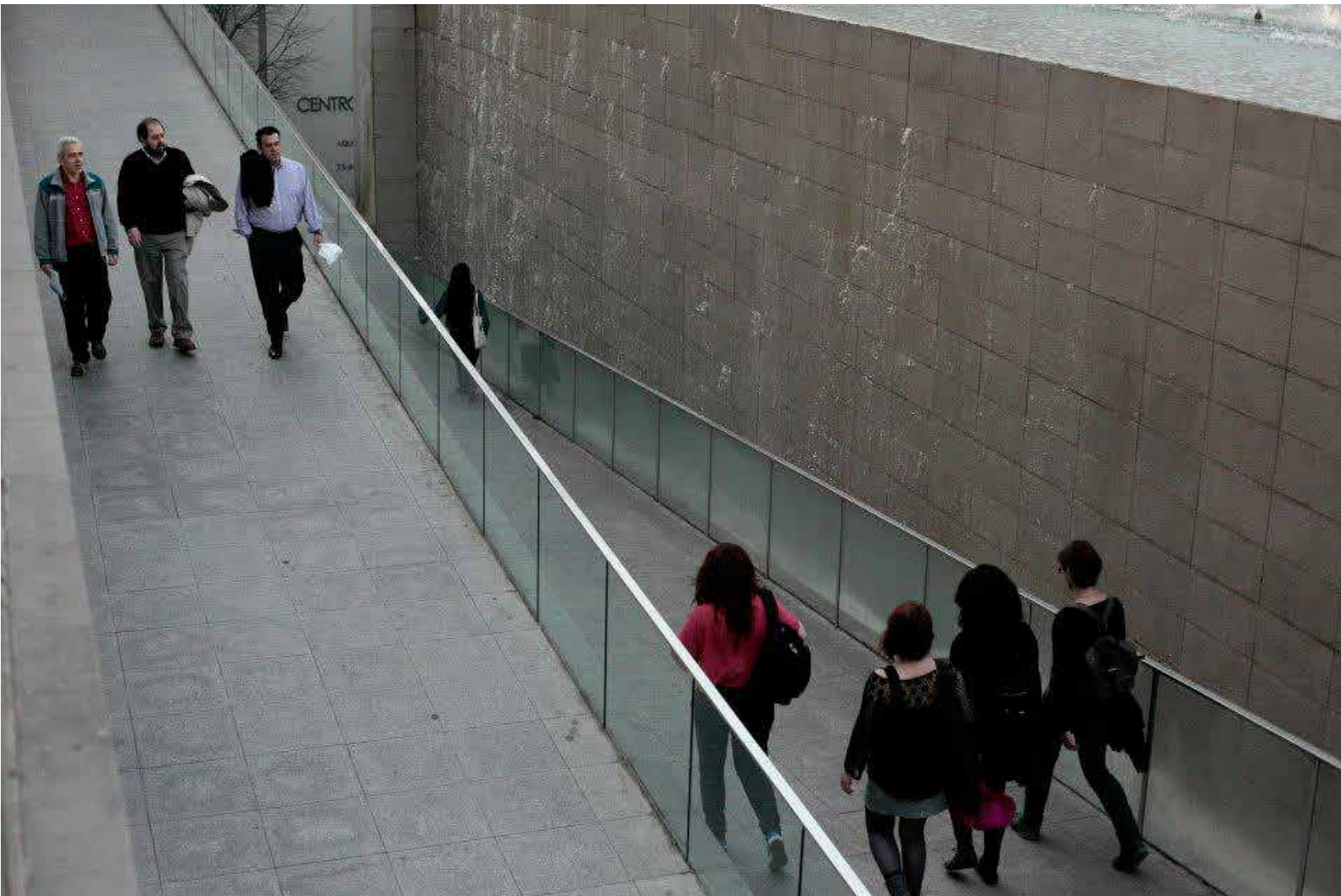
También es hora que las autoridades –comunales, provinciales, regionales y nacionales– comprendan que la cultura obedece a «procesos mayores», que van más allá de los gobiernos de turno, y que la única forma de legitimarlos y consoli-

6

Neologismo que da cuenta de la actual mixtura y dinámica bidimensional “local-global”, propia de la vida del siglo XXI. Ver “Glocalization: Time-Space and Homegeneity-Heterogeneoty”. M. Featherstone, S. Lash and R. Robertson (eds) *Global Modernities*. Londres: Sage, 1995.

darlos es aceptando que el trabajo se aborde como una “posta continua” –con metas de corto, mediano y largo plazo–, la cual se vaya heredando, traspasando, capitalizando y mejorando de generación en generación, aprovechando los valores y motivaciones locales, la experiencia adquirida y la creatividad. Por cierto que en todo esto está en juego la razón existencial y trascendencia del país, de nuestra cultura chilena que, más que una cultura nacional uniforme y homogénea (al estilo decimonónico), en el siglo XXI

está invitada a desplegarse como una «gran familia de culturas locales», “glocalizadas” –locales/globales–, capaces de convivir y desarrollarse armónica e interactivamente entre sí, ensambladas como partes de un «continuo cultural chileno», dinámico, rico en identidades, potencialidades y diversidades, comprometidas con lo propio pero, al mismo tiempo, abiertas al mundo. ■



Fotografía: Cristián Ayala